

## R. Laleff Ilieff, *El secreto de Edipo: política y ontología lacaniana II*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2024, 107 pp.

Agustín Rodríguez Uría

Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales  
de la Universidad de Buenos Aires (FISOC- UBA) ☐

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.105647>

Hace ya algunos años, Laleff Ilieff cerraba su primer libro, *Lo político y la derrota* (2020), señalando que la senda analítica allí desarrollada se encuadraba en “una empresa mayor ligada a pensar una ontología contemporánea de lo político, empresa en la que es necesario persistir”<sup>1</sup>. La publicación posterior de *Poderes de la abyecación* (2023)<sup>2</sup> y, más recientemente, de *El secreto de Edipo* (2024)<sup>3</sup>, obra que atiende la presente reseña, sugieren que el autor no ha cedido frente a aquel deseo teórico, mas sí ha encontrado una nueva superficie de inscripción desde donde desplegarlo, a saber: el corpus psicoanalítico lacaniano y, en particular, la teoría de los tres registros de la experiencia (Imaginario, Simbólico y Real) esbozada por el psicoanalista francés. En tal sentido, Laleff Ilieff continúa la estela de reflexiones recientes que promueven el vínculo entre teoría política y enseñanza lacaniana en función de complejizar diversas aristas constitutivas de lo político.

Ahora bien, si en *Poderes de la abyecación* el esquema ontológico lacaniano fue movilizado en función de reconsiderar una serie de asuntos que atraviesan al pensamiento contemporáneo (tales como el sacrificio y la guerra), en este caso, el arsenal de categorías psicoanalíticas se movilizará en función de una relectura teórico-política de la pieza clásica de Sófocles, *Edipo Rey*. En este gesto, se habilitará una novedosa interpretación de la obra trágica orientada a recuperar la historia de Edipo para ilustrar las brechas que resultan inherentes a todo entramado simbólico y, a partir de allí, arribar a una definición de lo político asociada a la idea de secreto. Así, Laleff Ilieff argumentará que *Edipo Rey* permite vislumbrar que la relación entre el secreto y lo político no es de corte instrumental ni maquiavélico sino estructural, pues todo orden para constituirse como tal exige que algo permanezca oculto. Debe

advertirse, no obstante, que en *El secreto de Edipo* (2024) el lector no encontrará una mera continuación de *Poderes de la abyecación* (2023), tampoco un preludio ni mucho menos un complemento, sino más bien podrá aventurarse en un nuevo pliegue o vía de ingreso alternativa al proyecto ontológico-político emprendido por el autor<sup>4</sup>. De modo que las reflexiones vertidas en *El secreto...* se presentan tan enlazadas como autónomas y autosuficientes respecto al libro que las precede. Recorremos a partir de aquí los aspectos más relevantes de la obra.

La introducción y los primeros capítulos de *El secreto...* están destinados a reconstruir ciertas lecturas de la pieza trágica que han enfatizado la centralidad que, en la misma, tendría el problema de la construcción de conocimiento y la elaboración de saber. Entre varios enfoques, se realza la perspectiva de Goux, quien señala a Edipo como el punto de partida individualista de la filosofía, dado que el héroe trágico aspiraría a la construcción de un conocimiento autónomo que no exige ni validación externa ni ayuda divina<sup>5</sup>; como también el enfoque de Orsi, quien advierte que las tragedias y el teatro griego se enmarcan en una democracia que evaluaba críticamente el pasado mítico y cuestionaba a los héroes clásicos en nombre de los nuevos ideales cívicos<sup>6</sup>. Por ello, Orsi interpreta a Edipo como un hombre de saber que promueve la búsqueda de la verdad a través de procesos de validación contrastables.

No obstante, el interlocutor más nítido de la propuesta de Laleff Ilieff será Foucault. El filósofo francés revisita la tragedia y considera que la misma debe leerse como un testimonio del origen

<sup>4</sup> También resulta pertinente señalar que *El secreto de Edipo* (2024) tiene como antecedente el artículo “La política en el secreto. Reflexiones a partir de lecturas contemporáneas de *Edipo Rey*” publicado por el autor en 2018 en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, año 20, n. 39. Respecto de aquel trabajo se prolongan algunas tesis, se añaden otras complementarias y se modifican algunas sustanciales.

<sup>5</sup> J. Goux, *Edipo filósofo*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

<sup>6</sup> R. Orsi, *El saber del error. Filosofía y tragedia en Sófocles*, Madrid, Plaza y Valdés, 2008.

<sup>1</sup> R. Laleff Ilieff, *Lo político y la derrota. Un contrapunto entre Antonio Gramsci y Carl Schmitt*. España, Guillermo Escolar, 2020, p. 196.

<sup>2</sup> R. Laleff Ilieff, *Poderes de la abyecación: política y ontología lacaniana I*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2023.

<sup>3</sup> R. Laleff Ilieff, *El secreto de Edipo: política y ontología lacaniana II*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2024.

de las nuevas prácticas judiciales griegas<sup>7</sup>. Esto es, la historia de Edipo daría cuenta de una serie de procedimientos de producción de la verdad en donde el eje ya no está puesto en el sometimiento de los involucrados a pruebas divinas, sino en técnicas indagatorias basadas en la declaración de testigos. Por ello, Foucault entiende que en la obra de Sófocles la verdad se descubre a través de la “ley de las dos mitades”, a saber: la verdad emerge a partir de la complementación de distintos testimonios que permiten la reproducción completa de la historia. Así, la obra presentaría, al menos tres pares de testimonios (Tiresias-Oráculo, Edipo-Yocasta, mensajero-pastor), que constituyen tres unidades complementarias (verdad divina, verdad de los reyes, verdad del pueblo). El punto central de la lectura foucaultiana –en donde Laleff Ilieff afincará una discrepancia irreconciliable– es que la “verdad divina”, revelada al comienzo de la obra por Tiresias y el Oráculo bajo el registro de la profecía, sería confirmada plenamente por la “verdad popular” de los pastores hacia el final de la obra bajo un registro cotidiano. Así, para Foucault se trataría de una única verdad enunciada desde registros diferentes: la profecía divina y el relato de los pastores se complementan y corresponden mutuamente. Finalmente, cabe destacar que tal interpretación se edifica en oposición a la canónica lectura freudiana, la cual habría modelado a Edipo –según el filósofo francés– como la metáfora del inconsciente, esto es, como símbolo de un sujeto ignorante que desconoce sus determinaciones. En contrapartida, Foucault centra su análisis en demostrar que Edipo sabe, que busca y alcanza la verdad, motivado por cierto afán tiránico de conservación de poder. El resultado global, nos dice Laleff Ilieff, es una lectura orientada hacia la problemática del poder-saber que pondera al entramado simbólico como un dispositivo compacto y sin fisuras.

Por ello, a partir del capítulo tres, Laleff Ilieff se empeña en demostrar que esta lectura –junto a todas aquellas que centran su análisis en la cuestión del conocimiento– resulta valiosa, pero insuficiente para dar cuenta de las aristas políticas más profundas de la obra de Sófocles. Para el autor, dicha tarea exige complejizar la relación entre saber y verdad de un modo que la gramática lacaniana es especialmente capaz de proveer. En esta senda, se sugiere leer a Edipo no ya como un sujeto ignorante sino como el “arquetipo de un analizante” (p. 57), esto es, como quien busca respuestas frente a un malestar y asume la ardua empresa de hundirse en las marcas de su historia. Y en esta búsqueda, Edipo encontrará que su historia como individuo lo condena al ostracismo en tanto gobernante o, dicho de otro modo, encontrará trágicamente su propia división subjetiva. En este sentido, Laleff Ilieff señala que la ilustración de Edipo como analizante permite enmarcar el modo en que Lacan ubica el saber inconsciente en tensión respecto a la verdad. Esto es: Edipo ostenta saber, pero no conoce la verdad, pues para Lacan la verdad siempre se encuentra a “medio decir”. Recordemos, por caso, que en el

universo lacaniano la verdad nunca es plena porque *no hay Otro del Otro*, es decir, porque el gran Otro, que constituye al sujeto, no tiene palabras ni garantías definitivas para este. O, en otros términos, la verdad nunca es total porque la dimensión simbólica “está atravesada por un real que la (im)posibilita” (p. 58). Laleff Ilieff encuentra en el hiato entre saber y verdad señalado por Lacan la posibilidad de releer a Edipo atendiendo al vínculo del secreto con lo político, pues este enfoque permitiría comprender al secreto no como instrumento técnico de lo político sino como respuesta o “forma productiva de la imposibilidad” (p. 59). Para comprender las implicancias de este horizonte que organiza el texto, el autor se desplaza, en los capítulos cuatro y cinco, hacia otras dos figuras centrales de la obra: Tiresias y Creonte.

En el primero de dichos capítulos, entonces, se analiza la figura de Tiresias, enigmático adivino convocado por Edipo al comienzo de la obra para develar los acontecimientos sobre el asesinato de Layo y salvar a Tebas. Dada su peculiar vinculación con los dioses, Tiresias sabe y enuncia lo que había ocurrido (como es conocido: Edipo había sido quien, sin saberlo, asesinó a Layo, su padre, y luego se casó con Yocasta, su madre; cumpliendo a su pesar con la maldición del oráculo). La reacción inicial de Edipo tiene un talante defensivo: desestima las palabras de Tiresias y considera que el adivino es parte de una conspiración –junto a Creonte– para mermar su autoridad como soberano. Por ello, Laleff Ilieff enfatiza que la obra de Sófocles hace notar la devaluación de un poder divino que, en el contexto democrático, aparece en repliegue e incapaz de ordenar los asuntos humanos, pues la palabra del adivino es desacreditada y solo adquirirá cierto valor retroactivamente, esto es, una vez que los testimonios e investigaciones humanas verifiquen lo dicho.

Ahora bien, la lectura ontológico-política propuesta por Laleff Ilieff permite alumbrar que en el enfrentamiento entre Edipo y Tiresias hay algo más que un conflicto entre autoridades por la conservación de sus respectivos dominios de poder y sobre todo que, si bien la profecía divina y los testimonios finalmente coinciden, lejos está de evidenciarse una relación de correspondencia entre ambos. Por el contrario, lo que motoriza toda la tragedia es, precisamente, una tensión entre la verdad divina y el saber humano que no pueden complementarse, pues los dioses –a través de Tiresias y el oráculo– solo pueden enunciar una verdad sin efectos prácticos, esto es, una verdad que no puede administrar ni legislar sobre los asuntos humanos, mientras que los hombres, pueden elaborar diversos saberes, pero nunca dar con una verdad toda. Por ello, Laleff Ilieff nos señala con agudeza que *Edipo Rey* ilustra la equivocidad de toda traducción de la palabra divina, pues en la medida que aquella sólo puede transmitirse por la imperfecta vía del lenguaje humano, su sentido originario está siempre-ya perdido; la verdad se encuentra condenada a disolverse en el malentendido de los saberes humanos. Desde estas refinadas coordenadas teóricas, la tragedia de Sófocles, lejos de constituir una “historia de la búsqueda de la verdad” como pretende Foucault, ilustraría el abismo, la oquedad, que surca la relación

<sup>7</sup> M. Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, España, Gedisa, 2003.

entre la verdad (divina) y el saber (humano) o, mejor aún, daría cuenta del “desacople insalvable que hay entre lo político y lo teológico” (p. 76).

Si el personaje de Tiresias es quien permite problematizar las implicancias del impasse entre verdad y saber en la obra de Sófocles, la figura de Creonte alude al problema correlativo de la dominación política, nos dice Laleff Ilieff al inicio del último, y posiblemente más sugerente, capítulo del libro. El autor encuentra que la figura de Creonte es quien mejor representa a la política definida como una *praxis* orientada a construir contingentemente los “muros que aíslan el vacío” y hacen posible las condiciones mínimas para la vida en común (p. 100). Bajo esta perspectiva, el autor realza la figura de Creonte frente a la figura de Edipo. Si Edipo destaca por su imprudencia y pretensión de un saber absoluto que, finalmente, lo condena al ostracismo y deja a la ciudad al borde del caos, Creonte, “que no es un héroe sino un político” (p. 85), es quien se ocupará de suturar las heridas y tejer los vínculos necesarios para sostener la vida comunitaria. La *praxis* desplegada por Creonte, quien ocupa el cargo de rey regente en dos ocasiones (tras el asesinato de Layo y tras la caída de Edipo), es la de quien sabe que la autoridad común debe sostenerse más allá de los avatares de los gobernantes particulares. Su racionalidad no es, sin embargo, la de quien administra la realidad bajo un apego a las normas que redunda en una veneración de lo dado, sino la de un político que asume a la hiancia como la materia misma con la que debe trabajar para suturar un campo de representación comunitario. Por ello, para el autor, la figura de Creonte es quien mejor ilustra la relación entre secreto y política, pues —a diferencia de Edipo— procura que lo político mantenga un margen de inaccesibilidad, comprendiendo que la dominación se basa en el peso de la prudencia para sostener la comunidad ante los tambaleos de los hechos excepcionales. Laleff Ilieff identifica este rasgo de Creonte en sus permanentes reclamos de repliegue sobre el palacio y en su invitación a dirimir los conflictos familiares en la esfera doméstica; insistencia que excede una vocación autocrática de un gobernante que quiere ocultar los hilos del

poder frente a los ojos del *demos* y más bien daría cuenta de que Creonte es quien mejor reconoce que el secreto de lo político es, finalmente, que no hay secreto: que lo político carece de fundamento y, por ello, se trata de un saber-hacer, de un arte, encargado de lidiar con un *Otro que no existe*, pero que es indispensable *hacer existir* para albergar la vida, incluida su pluralidad y resistencias.

Para finalizar, y alejándonos levemente del texto, entendemos que aquí la política se define en estrecha relación con la producción de representaciones de corte imaginario capaces de taponar el vacío constitutivo de lo social. Coincidimos con este enfoque en un sentido general, pero nos preguntamos sobre las distintas formas políticas de operar dicho cierre, pues cabe recordar que el psicoanálisis advierte que la constitución imaginaria del orden psíquico conlleva múltiples riesgos a sopesar. De hecho, la búsqueda clínica lacaniana se relaciona con la posibilidad de que el analizante advierta la *falta en el Otro*, es decir, que debilite sus identificaciones, produciendo una reconstitución subjetiva cuyo resultado no es sin nuevas identificaciones, pero sí con una posición menos imaginaria y más advertida respecto a las ataduras fantasmáticas causantes de malestar. Nos preguntamos, pues, si aquella orientación admite alguna traducción teórico-política, deslizando la reflexión sobre la constitución del *orden en tanto tal* hacia la interrogación normativa por los distintos órdenes posibles. ¿No existe, por caso, una diferencia sustantiva entre un orden que se instituye desde la asunción relativa de la inexistencia del Otro (como puede ser entendida la democracia en tanto política sin Verdad) respecto a otras modalidades de institución de lo social? Por lo demás, estamos aquí frente a un texto estimulante, que logra revitalizar una pieza clásica enseñándonos el carácter abierto y polisémico de toda obra, a su vez que brinda numerosas pistas de util relevancia para indagar nuestro presente. En *El secreto de Edipo* el lector encontrará un valioso y singular aporte para el pensamiento teórico-político de nuestra época.